



FUCKER

Marc Noè Picazo

FUCKER

Marc Noè Picazo

Ilustración portada: Lorena Carranza (@zonatintero)
Edición y corrección: Sara Amezcua

Sinopsis:

Alberto es un guionista, neurótico e inmaduro, devoto de la película *Notting Hill* y de su protagonista, Hugh Grant. Marta, su novia, cansada de esperar a que Alberto se decida a dar el paso e ir a vivir juntos, acaba de abandonarlo.

Sin nada que perder, Alberto está dispuesto a dar un giro radical a su vida y convertirse en un soltero empedernido, promiscuo, buen amante, amigo de sus amigos, pero mucho más de sus amigas.

Una extraña y recurrente alucinación le ayudará a hacer el cambio: Hugh Grant le dará consejos para ligar.

Alberto está decidido a convertirse en lo que siempre ha querido ser: un *fucker*.

a Álex Pérez Vera, mi mejor amigo, mi ídolo.

a Marc Mela, Claudia Elies y Álex Puig; mi segunda familia.

a Gerard Martínez, mi enemigo íntimo.

—No puedo creer que tengas esa obra.

—¿Te gusta Chagall?

—Sí. Así debería ser el amor: flotando en un cielo azul oscuro.

—¿ Con una cabra tocando el violín?

—Pues sí, la felicidad no es completa sin una cabra tocando el violín.

Diálogo entre Hugh Grant y Julia Roberts en Notting Hill.

1.

Las alucinaciones empezaron aquel día. Lo recuerdo perfectamente. Me he puesto a escribir para ordenar mi mente, supongo. Ha llegado el momento de volver la vista atrás e intentar convencerme de que esa época de mi vida ocurrió, de que nada fue un sueño.

Por aquel entonces yo tenía veintiocho años y medio y compartía piso con Raúl, mi mejor amigo. Trabajaba como guionista de televisión, escribiendo series y comedias de situación de relativo éxito. No me podía quejar, mi nombre solía salir en los títulos de crédito, cosa que le bastaba a mi madre para decir que su hijo salía en televisión.

Raúl trabajaba de camarero en un bar del barrio. Hacía medio año que le había dejado su ex, pero no parecía haberle afectado demasiado. Mi mejor amigo siempre ha sido una de esas personas que se toma la vida estoicamente, acepta lo que el futuro le depara sin quejarse, asumiendo que no puede controlarlo todo.

Vivíamos en el barrio de Gràcia, en un piso diminuto que, por mucho empeño que le pusiéramos, nunca conseguíamos dejar limpio. Jamás logramos tener algo más que un piso de estudiantes.

Por suerte, me pasaba las mañanas, y la mayoría de las tardes, solo. Cuando Raúl salía por la puerta con el objetivo de ir a servir cafés y bollería industrial, yo encendía mi ordenador portátil y pasaba las horas trabajando desde casa. Solo salía para reunirme en las productoras para las que trabajaba o con la intención de hacerle una visita a Marta, mi chica.

Cada viernes, a eso de las siete, apagaba mi ordenador y recorría la calle Astúries de punta a punta para tomar el metro en Fontana, bajar en Plaça Catalunya, hacer transbordo y coger la línea roja que me dejaba en la calle Urgell, donde ella vivía.

Marta era logopeda y no tenía compañero de piso ni nada que se le pareciera. Prefería estar sola. Su apartamento era un poco más grande que el mío, y más limpio, y más

bonito, y más luminoso, y más perfumado, y más de todo que el mío. Llevábamos tres años saliendo juntos y, en el último año, no había semana que no me pidiera que me mudara a vivir con ella. Al principio me lo pedía de forma directa, sin vacilar, pero poco a poco dejó de insistir y el mensaje se convirtió en una pátina aceitosa que cubría todas y cada una de nuestras conversaciones. Marta no podía entender, y yo en parte tampoco, porque quería seguir viviendo con Raúl. Cuando salía el tema, que era siempre o casi siempre, no podía evitar poner a mi mejor amigo como excusa. No quería abandonar a Raúl y obligarlo a vivir con un desconocido. Además, yo siempre zanjaba las conversaciones con una pregunta: ¿y si no funcionaba?

Sabía que esa duda desquiciaba a Marta. Ella quería ser madre antes de los treinta y cinco. Le quedaban menos de tres años, en cuatro meses cumpliría treinta y tres.

Hace ya cinco años, pasamos el fin de semana en Cadaqués. Estábamos paseando por entre un conglomerado de turistas franceses cuando de repente vi en una tienda una camiseta de *Los Soprano*, talla mini, para bebés. Sin saber la que se me vendría encima, le comenté a Marta que me encantaría ser padre para ver la serie con mi hijo. Un compañero guionista acababa de tener un bebé y se pasaba las mañanas viéndola con su vástago recién nacido al lado. Marta montó en cólera, cosa que solía pasar muchas veces, cuando yo decía algo que ella desaprobaba: ¿No te parece una serie demasiado violenta para un bebé?

Ese fue el debate que tuvimos durante más de dos horas delante de todo el mundo, clavados en el mismo sitio, enfrente de la dichosa camiseta de marras. La conversación acabó con Marta llorando y conmigo pidiéndole perdón. Acepté que el hijo que no teníamos no podía ser educado con violencia desde el nacimiento. Esa fue la primera discusión de muchas sobre nuestro futuro bebé y cómo debía ser educado. De vuelta a Barcelona, en el coche, Marta me dijo que, si quería seguir con ella, tenía que prometerle que en menos de dos años tendríamos un bebé. Yo acepté. Sé que fue un error, porque solo lo hice para no tener que

escucharla. Pero, igualmente, yo, por Marta, hubiera tenido a la criatura.

Ir a vivir con ella era el paso previo para tener hijos. Estaba seguro de que, tan solo entrar por la puerta con las cajas de la mudanza, me desnudaría y me haría el amor hasta quedarse embarazada. Nuestro hijo sería fruto de una violación.

Pero había otro motivo por el cual yo me resistía a ir a vivir con ella. Marta era mi tercera novia. Solo me había acostado con cinco chicas antes de estar con ella. Si me iba a vivir con Marta, nunca más me metería en la cama con otra, jamás conseguiría cumplir uno de mis sueños: hacer el amor con muchas, muchas chicas.

Entré en el apartamento de Marta y dejé mis cosas en el dormitorio. Pasaría el sábado y el domingo allí. Como siempre. Los fines de semana, en busca de un poco de intimidad, nos refugiábamos en su piso. Así Raúl podía tener el nuestro un par de días para él solo e invitar a alguna chica a cenar sin estar pendiente de si, en cualquier momento, aparecía su compañero de piso.

Fuimos al cine. Los viernes solíamos ver una película en el Floridablanca y luego, de vuelta a casa, comíamos algo en algún bar del barrio de Sant Antoni. Pero aquel viernes Marta no quiso cenar fuera. Argumentó que estaba muy cansada y que esa semana habíamos gastado demasiado dinero «y no nos podemos permitir el lujo de comer fuera de casa cuando nos apetezca, no somos millonarios».

Marta tenía razón. Siempre tenía razón. Cuando ella decía algo, yo obedecía porque tenía razón. De los dos, ella era la realista. Yo me limitaba a interpretar el papel de buen novio, de buen chico, era igual de majo y servil que Hugh Gran en *Notting Hill*. Si Marta me pedía que hiciera algo, yo lo hacía sin rechistar porque sabía que tenía razón. Y esa noche, cuando me dijo que quería dejarme, tenía razón. Lo nuestro no iba a ninguna parte. No estás preparado para tener una relación madura, Alberto, aún te falta mucho.

Después de diez minutos de súplicas y llantos, cogí mis cosas y volví a mi piso en taxi, llorando tan desconsoladamente que el conductor no abrió la boca ni para cobrarme, solo me señaló el taxímetro con el dedo.

Mi piso estaba vacío. Raúl había quedado con una chica, estaría por el barrio tomando algo. Solo quería tumbarme en la cama y ver *Notting Hill*. Desde hacía muchos, muchos años, cuando las cosas iban mal, allí estaban Hugh Grant y Julia Roberts para recordarme que los buenos chicos siempre ganamos y que las estrellas de Hollywood los prefieren majos y bonachones como yo. Pasé toda mi adolescencia queriendo ser igual que Hugh Grant en *Notting Hill*. Por mucho que las chicas no me hicieran ni caso, yo sabía que, con los años, cerca de los treinta, ellas se darían cuenta de que ser un buen chaval era sinónimo de ser sexy.

Me tumbé en la cama y puse el DVD. Me sabía los diálogos de memoria. En mi armario había unas cuantas americanas y camisas iguales a las de Hugh Grant. Marta odiaba mi ropa. Detestaba verme vestido siempre de la misma forma: zapatos, tejero, camisa y americana. Lo único que le gustaba era mi barba. Para mi cumpleaños, me regaló una chupa de cuero, pero solo me la puse los primeros días, para darle el gusto. Quizás, pensé, si me la hubiera puesto más, no tendría que estar tumbado en la cama, en calzoncillos, llorando desconsoladamente, mientras veía una comedia romántica de finales de los noventa.

A mitad de la película, justo en el momento en el que Julia Roberts le pide refugio a Hugh Grant en su casa, Raúl llamó a mi puerta. Lo dejé pasar y supongo que la imagen que vio fue una de las estampas más decadentes que uno puede encontrar un viernes por la noche: un tío de casi veintinueve años semidesnudo, viendo una película para chicas. Porque, reconozcámoslo, mi película favorita era un producto que la industria del cine había creado para ellas.

Mi mejor amigo se sentó en el borde de mi cama y le conté lo ocurrido. «Pues te ha pasado lo mejor que te podía pasar». A Raúl no le caía bien mi novia, «no sé cómo

la aguantas», me decía siempre. «A esa tía no le gustabas, te pasabas el día pidiéndole perdón por todo».

Raúl me obligó a levantarme de la cama e ir al Heliogabal a tomar unas copas. No me apetecía mucho, pero peor era quedarse en casa llorando. Me duché, me puse una camisa y un pantalón vaquero y salimos a la calle.

De camino, Raúl me contó que se había pasado su tarde libre en casa de una chica que conoció en el bar, mientras trabajaba. Aunque no me lo dijo, sospeché que habían estado toda la tarde fornicando como bestias. Raúl era así, conocía a una chica, intercambiaba su número de teléfono con ella y, en menos de tres días, se estaban acostando. ¿Por qué eso no me sucedía a mí? La respuesta más rápida y evidente era que yo tenía pareja. Hasta aquel momento, quizás era hora de vivir una época de sana promiscuidad. Pero a quién iba a engañar, yo no era como mi mejor amigo. Los periodos de tiempo en los que había estado soltero antes, los había pasado solo, necesitado de amor y sexo, hasta que aparecía alguna que me hacía caso y me volvía a emparejar, por si acaso no tenía sexo nunca más.

Entramos en el bar y, como siempre, estaba lleno de modernos. Muy poca gente bailaba. Todo el mundo iba de un lado para otro conversando, bebiendo y ligando. La gente no va al Heliogabal a bailar. Allí se charla o se liga. O se charla para follar, que es lo mismo que ligar.

A codazos, llegamos a la barra y pedimos un par de gin-tonics. Nos quedamos allí charlando, ahogando las penas en ginebra con tónica, observando a la gente vivir sus felices vidas como quien mira una película francesa subtitulada en checo. Raúl, de vez en cuando, se giraba y hacía algún comentario a las chicas que se acercaban a la barra para pedir una copa. Ellas le sonreían y, con un poco de suerte, se quedaban un par de minutos charlando con él. Raúl me las presentaba e intentaba introducirme en su conversación, pero yo no sabía qué decir. Tampoco tenía que hablar sobre nada, si no quería. Marta me había dejado y solo me apetecía romper mi copa contra la barra y cortarme las venas con el cristal, delante de toda esa gente feliz.

Al otro lado del local, apoyadas en la pared, había un par de chicas que no parecían de este planeta, de esas mujeres que te cortan la respiración con una navaja, que se visten con lo primero que encuentran y que están en contra del sujetador porque no lo necesitan y porque no creen en él.

Como hipnotizado por el movimiento hipnótico de sus pezones, Raúl me cogió del brazo y me forzó a acompañarlo para hablar con ellas. No me apetecía lo más mínimo. Hubiera preferido que ellas se acercaran y así no tener que restregarme con todo el personal para llegar al otro extremo del bar. Pidió un par de copas más, «así se te pasa la timidez».

Cubata en mano, como quien empuña un arma para poder defenderse de un colibrí, seguí a Raúl y me quedé detrás de él, apartado de la escena. No sabía por dónde empezar. Medio minuto más tarde, Raúl se hizo a un lado y me las presentó. Una se llamaba Irene y trabajaba en la Fundación Joan Miró, la otra Marta, ¡puta mierda de casualidad!, y era interiorista. Sin darme opción a escoger, Raúl empezó a hablar con Irene y me dejó a solas con la otra chica que me miraba esperando a que mostrara interés por ella.

Aparte de su belleza extrema, no sabía qué me podía importar de Marta la interiorista. Era tan guapa que me daba miedo mirarla mucho rato a los ojos por si me sangraba la nariz. Me hizo las preguntas de rigor: ¿A qué te dedicas? ¿Eres del barrio? ¡Oh, guionista! ¿Has hecho algo que pueda haber visto?

Por educación, le hice las mismas preguntas. Además de interiorista, era modelo de publicidad y estaba estudiando un máster en Dirección de Arte.

Pasadas las preguntas de rigor, nos quedamos callados. Solo se me ocurrió invitarla a una copa. La interiorista aceptó encantada. Tomamos un chupito y casi vomito en el vestido de la futura directora artística. «¿Te pasa algo?», preguntó.

Le conté lo de Marta, pero obviamente no le dije toda la verdad, que hacía dos horas me había dejado. Le expliqué que era la primera vez que salía después de dos meses recuperándome de la ruptura. La chica me acarició el antebrazo, consolándome, en busca de un poco de contacto humano. Me encogí de hombros y miré al suelo, avergonzado. ¿Qué haría Hugh Grant en esta situación? Seguramente se mostraría tímido y encantador, y al mismo tiempo intentaría hacer un comentario gracioso.

«Voy al baño», dijo al verme pensativo.

Al volver, me explicó que se tenía que marchar, porque a la mañana siguiente trabajaba. Su amiga Irene y Raúl habían empezado a intimar y no quería esperarla.

La acompañé a la salida y aguardé a que me diera un beso. Como Hugh Grant a Julia Roberts al principio de *Notting Hill*, en la escena en que los dos protagonistas se acaban de conocer por casualidad, la miré a los ojos y le dije: «surrealista, pero bonito». Ella sonrió, me dio dos besos y me dejó plantado en la puerta.

Ahora que ha pasado un tiempo, me doy cuenta de que siempre fui un iluso. No sé por qué esperé que esa chica me besara. No hubiera tenido sentido. Mi película favorita era un fraude, el personaje Julia Roberts, en la vida real, jamás de los jamases hubiera besado a ese librero de guías de viaje, divorciado y perdedor, que encarnaba Hugh Grant.

«¿Cerveza, amigo?». Un latero se acercó ofreciéndome una lata recién salida de la alcantarilla. No me apetecía marcharme a casa y tampoco tenía ganas de volver a entrar. Tomar una cerveza apoyado en un coche aparcado era mi mejor opción.

Debía ser más decidido. No podía ser que me cohibiera de esa forma. Hugh Grant en *Notting Hill* era tímido, pero no retraído. Si quería empezar una nueva vida como soltero promiscuo y encantador, tenía que aprender del mejor, del más grande. Quería ver *Notting Hill* y estudiar cada movimiento de Hugh Grant. Necesitaba aprender a actuar como él, a ser él.

¡¿Qué puta mierda estás pensando?!

¿De dónde venía esa voz? Levanté la cabeza, pero enfrente de mí no había nadie. Miré a ambos lados de la calle y no vi ni un alma.

¡Estoy aquí, gilipollas!

Me giré y, sentado encima del capó del coche, estaba Hugh Grant, vestido con su inconfundible camisa azul celeste, sus pantalones de pinzas y su americana oscura.

Como un personaje de dibujos animados, me froté los ojos. No me podía creer lo que estaba viendo. Hugh Grant dio un salto y bajó del vehículo.

¿En serio te creíste esa mierda de película? Notting Hill huele peor que Barcelona, compañero.

Era evidente que estaba teniendo una alucinación. La muy cabrona de la interiorista, modelo ocasional, aspirante a directora artística me debía de haber puesto droga en el chupito. No podía ser que Hugh Grant estuviera enfrente de mí, hablando en perfecto español.

He hecho un montón de películas y tú te tienes que fijar en la del primo que consigue a Julia Roberts. Créeme: ella, en la vida real, se parece más a su personaje en Pretty Woman que en Notting Hillipollecés. ¿Tú sabes qué hago en la vida real, cuando quiero pincharme a una titi? Todo lo contrario de lo que haría mi personaje en Notting Hill. ¿Y sabes qué pasa cuando me dicen que no? Que suele ser el cero coma uno por ciento de las veces, ¡me voy de putas!

Eso era cierto, Hugh Grant fue descubierto con una prostituta dentro de un coche en Hollywood Boulevard.

¡Ven conmigo! Aquí cerca, en la estación de metro de Verdaguer, hay un garito donde unas chinitas te dan lo tuyo por cuarenta euros la hora.

No quería pagar por sexo. Me parecía una opción repugnante, denigrante para la mujer.

Denigrante es que te lamentes porque la chocho frío de tu novia te ha dejado. Esa tía es Hitler reencarnado en mujer. Llevas año y pico siendo un infeliz. Al principio lo vuestro aguantó porque los dos llevabais más de un año sin follar. Pero una vez se apagó lo que suele llamarse la llama

del amor, una vez dejó de ponérsete dura con tan solo mirarla, todo fue a peor ¡y lo sabes! Siempre lo has sabido, pero te da miedo vivir la vida tal cual es. Por este motivo, cada dos por tres te refugias y te mientes pensando que todo es una película en la que eres el protagonista. ¡No eres nadie, subnormal! Y tómate lo que te acabo de decir como un cumplido.

Raúl salió del bar con Irene cogida de la cintura. «Nos vamos para casa, Alberto». Los miré un par de segundos y, al volverme, Hugh Grant había desaparecido. No estaba. Lo busqué encima del coche, pero allí solo estábamos, Raúl, su ligue y yo.

Preferí no decir nada. No quería que me tomaran por un loco. Irene tampoco preguntó por su amiga.

2.

A la mañana siguiente desperté con resaca. Tras permanecer media hora en la cama chequeando la bandeja de entrada de mi correo electrónico, me levanté y fui a la cocina a prepararme un café. Mientras el líquido caía por el pitorro de la cafetera, pensé en Marta, mi nueva ex.

Cogí el móvil y entré en WhatsApp. No estaba en línea, su última conexión era a las doce de la noche. Le mandé un mensaje de buenos días y aguardé unos instantes, pero no obtuve respuesta. Tras cinco minutos más de espera, dejé el móvil en la cocina y me senté en la mesa del comedor. No tenía nada que hacer. Había planeado pasar el fin de semana en casa de Marta. Tal vez a Raúl le apeteciera dar una vuelta.

Inmediatamente, los gemidos de Irene y el ruido del cabezal de la cama de mi compañero de piso chocando contra la pared me obligaron a descartar el plan.

¿Qué iba a hacer con mi vida? La noche anterior no había estado tan mal, a pesar de no haber ligado con la amiga de Irene. Aunque, si eres capaz de camelarte una chica dos horas después de que te hayan dejado, eres un cínico retorcido sin sentimientos, estás muerto por dentro.

¿Cómo sería mi nueva vida? Tendría más tiempo para mí e ir al cine a ver la película que me apeteciera sin preocuparme por los gustos de Marta. Sobre todo, tendría más tiempo para leer. Incluso podría volver a apuntarme al gimnasio y ponerme en forma.

¿Qué chica sería la siguiente? No lo sabía, pero me estimulaba la idea de conocer a mujeres interesantes. Era lo que más me apetecía. Conocer a muchas chicas y divertirme con ellas. La época de entrar al restaurante y pedir el menú del día había pasado, ahora tocaba mirar los platos de la carta y elegir.

Esa es la actitud, Alberto, deja que te muestre el camino.

Me pareció volver a escuchar la voz de Hugh Grant, pero no lo vi por ningún rincón. ¿Qué me había pasado?